

## La Copucha, ¿o cuántos rostros tienen los anhelos de un mundo mejor?

María Soledad Lagos Rivera

Mi experiencia con ese lugar, que fue de encuentro entre todos los desterrados del continente latinoamericano, en una época determinada, situado en el centro de San José de Costa Rica, llamado La Copucha, comenzó desde una óptica oblicua. Fue en el café santiaguino donde suelo celebrar mis encuentros de trabajo, hacer mis primeros contactos para determinados proyectos de investigación y, en fin, practicar aquello de que es en gran parte en los cafés donde queda la huella de una época, además de la borra en las tazas. Tuve mi entrevista con Nadine Voullième Uteau, la hija menor de la pareja que, sin haberlo previsto, en la década de los años setenta se había convertido en el centro de una vida que confluía donde ellos estuviesen, en la capital de Costa Rica.

Si el local estaba cerrado, quienes lo frecuentaban simplemente llegaban a la casa de sus dueños y ahí comenzaba la fiesta. Por lo tanto, la vida de esa hija menor quedó indisolublemente asociada a un espacio al que llegaba a hacer sus deberes escolares, de pequeña y, ya más grande, a ayudar un poco en el trajín de un lugar muy concurrido y variopinto.

Después de esa primera conversación, muy determinante para mí, por cierto, tuve un segundo acercamiento al rol que La Copucha había cumplido en los años del exilio de tanta gente que había debido huir de las dictaduras del Cono Sur y que en Centroamérica descubría, por ejemplo, las luchas revolucionarias de países diferentes a Costa Rica. Ese día me recibió en su casa quien había sido la gestora de ese proyecto, Elizabeth Uteau, acompañada de otra de sus hijas y una nieta. Era un día de invierno en Santiago de Chile. Hacía mucho frío y habíamos quedado en encontrarnos en la casa de ellas. Cuando entré a ese espacio, sentí de inmediato la calidez de aquellas personas que han sabido sortear complejas dificultades en su vida, pero que, a pesar de todo, no han renunciado ni a su sonrisa ni a su hospitalidad.

Luego de las presentaciones de rigor, me instaron a pasar a la mesa, que estaba puesta para el té, nuestra “once” chilena y ahí, la conversación fluyó franca y amena. En determinado momento, Elizabeth se levantó a buscar un álbum de fotos. Me mostró una serie de imágenes de lo que había sido su vida en un país del que en determinado momento ya no quería despedirse, mucho menos para regresar a Chile. Se notaba que allá había dejado algo más que buenos recuerdos. A pesar de lo sacrificada que debió haber sido su vida en años de mucho esfuerzo diario, sospecho que lo que la llenaba de orgullo

no solo era la convicción de haber contribuido de manera decisiva al presupuesto familiar mediante su actividad, sino también el hecho de haberse demostrado a sí misma que era una mujer creativa, decidida, disciplinada y con la capacidad de sacar adelante un negocio. Todo esto pese a no haber tenido ninguna experiencia en esas lides, con anterioridad a sus años costarricenses.

Mi mente deambulaba entre ese presente acogedor y abierto y un pasado experimentado de refilón en la década de los años setenta, cuando mis padres hablaban de locales donde se cantaba y la gente compartía, a lo sumo, algo para beber y una empanada: las “peñas”. El objetivo fundamental de esos lugares de encuentro era ir a escuchar música, interpretada por diversas personas, que en esos años formaban parte de un movimiento que intentaba innovar respecto de las formas de practicar y entender la música popular. Sus cultoras y cultores estaban fuertemente influidos por los ideales de la Unidad Popular y hacían de la canción y de la música un arma de protesta contra las desigualdades, en especial, hacia la clase obrera, el campesinado, y a favor de los derechos fundamentales de toda persona; entre otros, se defendía un trabajo digno, la salud y la educación gratuita y de calidad. A las “peñas” se acudía porque se sentía la necesidad de estar presente en un espacio en el cual la implementación del mismo se reducía a algunas mesas y sillas, una iluminación precaria y muy pocos elementos que distrajeran del propósito central de esos locales. Se trataba de marcar una diferencia sustantiva entre el modo de vivir de una clase determinada, privilegiada por décadas y siglos, y las formas de intercambiar los saberes propios del mundo popular, entre ellos, la música. Intuyo que La Copucha, en San José de Costa Rica, puede haber sido la extensión natural de cualquiera de las peñas de la década de los años setenta en Santiago de Chile, a las que llegaba la gente sin demasiada planificación previa, sino por el mero gusto de estar ahí.

Cuando digo que supe de ese fenómeno de las peñas “de refilón”, se debe a que en 1970 yo tenía 12 años, por lo cual, evidentemente, mi vivencia de esos espacios pasó más por los ojos y la experiencia de mis padres que por la mía, en forma directa y consciente. A pesar de ello y debido a que mi padre era un folklorista reconocido y respetado, en varias ocasiones, me imaginé presenciando las actuaciones improvisadas de quienes se animaban a hacer música en alguna de esas reuniones en las peñas, junto a quienes, tiempo después, figurarían como nombres icónicos de aquella época. Puedo intuir que La Copucha fue una especie de prolongación de ese espacio simbólico de convivencia fraterna entre quienes soñaban con construir un mundo más justo, más humano, más inclusivo

y más amable, justamente en los años en que parecía que el sur del continente había logrado la inesperada y celebrada proeza de elegir, mediante el voto, a un presidente empeñado en entregarles dignidad a las clases históricamente postergadas de la nación.

Todas esas ideas y esas imágenes ocupaban mi mente, mientras Elizabeth y su hija relataban lo que para ellas había sido la experiencia del exilio. Ellas dejaban entrever que, en rigor, el exilio más traumático no había sido el que habían experimentado allá, sino el que les había tocado vivir acá, en Chile, a su regreso. En un país donde nada o casi nada quedaba en pie de un sueño exterminado por quienes, en complicidad con las demás ramas de las Fuerzas Armadas, bombardearon el Palacio de La Moneda. De paso, convencieron a la ciudadanía de esos años siniestros y de los que vinieron después, los de la redemocratización de la posdictadura, de que toda aquella inexplicable e injustificable violencia había sido necesaria y de que el país en el que hoy vivimos es uno del cual cada quien debiese sentirse orgullosa u orgulloso.

Pienso que el gran triunfo de la dictadura fue la plasmación de un discurso, de un relato, que con enorme efectividad logró borrar y deformar lo logrado durante los breves tres años que duró el gobierno del presidente Salvador Allende. De paso, se impuso una cultura en la cual de pronto no importaba más quién se había llegado a ser, sino qué cosas tenía cada quien, como el único modelo válido de auto-afirmación y de presentación ante los demás. Todo ello se logró por la vía del terrorismo de Estado, mediante el cual se violaron los derechos humanos y se ocasionó una fractura hasta hoy visible en el país. De una cultura del compartir lo que se había llegado a ser, poniéndolo a disposición del colectivo, se llegó sin demasiada transición a una del individualismo exacerbado, en la que el colectivo dejó de interesar. Lo público se privatizó y, como consecuencia de ello, el mundo de lo privado (en primer lugar, el de las empresas manejadas por capitales privados o extranjeros) pasó a determinar no solo las reglas de lo público, sino la convivencia diaria entre los individuos de la nación.

Con la mirada en perspectiva, la derrota de la utopía del socialismo elegido a través del voto popular se produjo en el terreno del capital simbólico de la nación, mediante la precarización del sujeto, a través de despiadadas medidas económicas que, hasta hoy, solo continúan favoreciendo a un escaso porcentaje de la población. Podremos quizás vislumbrar la magnitud de la transformación social si a ello le sumamos la anulación de todo tipo de garantías y derechos laborales y sociales, como el derecho a la educación y la salud y, en paralelo, la construcción de un nuevo sistema, en el cual la antigua clase media educada

paulatinamente fue convencida de que ser mano de obra barata era la única alternativa, para no sucumbir del todo. Así, tuvo que ir mutando: por un lado, hacia el modelo de los innumerables “emprendimientos” pregonados por el modelo económico neoliberal como una actividad loable (pequeñas y medianas empresas con baja facturación, poco personal y alto riesgo). Por otro lado, hacia el descenso en la escala social, asociado al empobrecimiento económico y en consecuencia hacia la sensación de un no-lugar en una sociedad competitiva y cada día más desigual.

Si me detengo en esa antigua clase media educada, es porque durante décadas fue garante de una distribución relativamente equitativa de los ingresos y de cierta estabilidad política, como ocurrió también en los demás países del Cono Sur, Argentina y Uruguay. Cuando hoy en día se habla de la clase media en Chile, de lo que se habla es de un híbrido, por una parte, compuesto por remanentes de esa antigua clase media educada, que ha resistido los embates del modelo heredado de la dictadura y se ha mantenido vigente a lo largo de los sucesivos gobiernos de la posdictadura y hasta el presente, y, por otra parte, y mayoritariamente por la otra clase media, la nueva, esa que surgió desde la dictadura en adelante, posibilitada y alimentada por la idea del “tener” y no del “llegar a ser”. En suma, vastos sectores de la actual clase media chilena pertenecen a esa variante y, en ese caso, adjudicarles a esos sectores el rasgo de ser una clase media “educada” es una falacia.

La pareja tras El Rincón Chileno y posteriormente tras La Copucha estaba compuesta por un médico y su esposa. Ambos representantes de esa antigua clase media educada a la que aludo y que se definía o auto-percibía desde un colectivo, en el cual el haber llegado a ser era un elemento propio de una forma de vida que se ponía a disposición de la sociedad circundante. Ese grupo no se definía ni se auto-percibía desde sus posesiones materiales. Quizás por ello, al momento de buscar una forma digna de ganarse la vida, luego de enfrentar las dificultades propias de quienes, como inmigrantes, deben darse cuenta de que no lograrán ejercer su profesión de la manera en que les habría gustado hacerlo en el nuevo entorno, ambos se abocaron a la tarea de llevar adelante un local que se iría a convertir en un espacio de reunión, de diálogo y de intercambio de ideas, manifestaciones artísticas mediante; en otras palabras, un espacio que convocara a quienes se sintiesen animados a habitarlo.

A juzgar por los testimonios de Elizabeth Uteau, junto al esfuerzo que implicaba organizar el día a día en un local que se volvió un importante centro de encuentro, lo que primaba para ella era la alegría de estar insertando una familia completa en el país

que les había abierto las puertas a quienes frecuentaban el lugar. Además, se complementaba con la sensación de que el trabajo que ellos efectuaban no solo lograba entregarles a las hijas y los hijos un mayor bienestar económico, sino, sobre todo, una sensación de pertenencia a una cultura y a una sociedad.

Si Walter Benjamin (2013) encontraba importantes signos de la idiosincrasia de una nación en la arquitectura de las ciudades y en las calles que sus habitantes recorrían a diario, Heiner Müller (1995) escribía que para conocer en profundidad una sociedad había que adentrarse en espacios como los bares y escuchar a quienes acudían a ellos. Imagino que, para mucha gente de muchos países, no solo para la de Costa Rica, quienes acudían en las décadas de los años setenta y ochenta a La Copucha y habitaban el San José al que llegaron las chilenas y los chilenos que influyeron en la manera de entender y hacer teatro en esa ciudad, la cordialidad de los anfitriones del local habrá quedado grabada en sus recuerdos. A pesar de que el afable, culto y carismático médico quien fuera el marido de Elizabeth ya no viva, muchas personas aún recordarán las largas noches de fiesta que pasaron junto a los desterrados del continente de esos años.

Sin embargo, me resulta extraño e inspirador a la vez, elucubrar en nuestros días acerca de qué tipo de pozos de energía vital habrán sido los que lograron proveer a esas personas de su actitud de no dejarse vencer por la adversidad; pozos que, en cambio, las instaron a poner en práctica una afirmación de la vida, pues la celebración es eso: el triunfo de la vida por sobre la muerte.